

# Un regreso a C. Wright Mills: Sociedad y poder

SARA FERNÁNDEZ CARDOSO\*

Artículo Recibido: 15 de febrero de 2012

Artículo Evaluado: 7 de mayo de 2012

Para citar este artículo: Fernández Cardoso, Sara (2012). “Un regreso a C. Wright Mills: Sociedad y poder (2002/2006)”. *Desafíos* 24-I, pp. 293-330

## Resumen

*C. Wright Mills es hoy, quizás, uno de los autores más olvidados en teoría social, sin embargo, son innegables sus aportes en el campo de la epistemología, ya que fue uno de los que practicaron con éxito la sociología del conocimiento en Estados Unidos, al tiempo que se sumó a la tradición de la “teoría del conflicto” introduciendo la dimensión sociológica a los mayores interrogantes políticos de su época. Mills estaba moralmente comprometido con los valores de la razón y la libertad y su preocupación central era analizar cuáles eran las posibilidades objetivas para que determinados tipos de hombres dentro de determinados tipos de estructura social se conviertan en individuos libres y racionales. Se preguntaba cómo éstos podían trascender su cotidianeidad por medio de su razón y su experiencia y actuar en consecuencia en virtud de su poder. El poder y los procesos políticos fueron una preocupación constante en sus escritos, porque para él el proceso político es una lucha por el poder y por el prestigio, por posiciones autoritarias dentro de cada Estado-nación y entre diversos Estados-naciones. Por otra parte veía que la estructura social de los Estados Unidos no era completamente democrática dado que en ella los acontecimientos dependían de decisiones de un puñado de personas que cada vez más centralizaban los espacios de poder que integraban a las corporaciones económicas, militares y políticas con su ideología justificadora que se hacía más patente cuando de asuntos internacionales se trataba. Hoy,*

---

\* Profesional Principal del CONICET (Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina sarfercar@gmail.com

*en un mundo de antagonismos estructurales, guerras y rebeliones, se presenta la necesidad de volver a figuras como Mills que nos aporta uno de los aspectos en que una entidad tan compleja como el poder puede ser entendida, así como nos plantea la necesidad de reflexionar acerca de cómo sucede la historia, su mecánica y sus procesos.*

**Palabras clave:** *Sociedad, poder, autoridad, política, equilibrio.*

## **C. Wright Mills revisited: Society and Power**

### **Abstract**

*C. Wright Mills has been forgotten by sociological theories however there is no doubt about how much he contributed to the field of Epistemology. He successfully participated in the American Sociology of Knowledge and, at the same time, he upheld the tradition of the Conflict Theory, including the sociological dimension into one of the most questioned political subjects of his period. Undoubtedly, Wright Mills was morally committed to the value of reason and freedom. His central issue was to analyse the real possibilities for a particular individual within a particular social order to become a free man capable of reasoning. He wondered how someone could be able to transcend his daily nature through reason and experience and to act accordingly to his power. The power and political processes were constant in his works, since he claimed that any political process was a struggle for power and prestige, for authoritative positions, both within each nation and among the different states. On the other hand, he observed that the social structure in the United States of America was not completely democratic, since the course of action depended on the decision of a small group of wealthy, powerful individuals. These concentrating spaces of power amongst some economic, military and political corporations were supported by their underlying ideology, a fact that became clearer when referring to international affairs. Nowadays, in a world of structural antagonisms, wars and rebellions, the need for looking at the work of intellectuals like Mills re-emerges. Mills showed us a way in which a complex entity as power can be understood, and, at the same time, the need to consider the course of history, its mechanics and process.*

**Key words:** *Society, power, authority, politics, balance.*

## Um regresso a C. Wright Mills: Sociedade e poder

### Resumo

*C. Wright Mills é hoje, talvez, um dos autores mais esquecidos em teoria social, no entanto, são inegáveis seus aportes no campo da epistemologia, já que foi um dos que praticaram com sucesso a sociologia do conhecimento nos Estados Unidos, ao tempo que se somou à tradição da “teoria do conflito” introduzindo a dimensão sociológica aos maiores interrogantes políticos de sua época. Mills estava moralmente comprometido com os valores da razão e a liberdade e sua preocupação central era analisar quais eram as possibilidades objetivas para que determinados tipos de homens dentro de determinados tipos de estrutura social, se converteram em indivíduos livres e racionais. Perguntava-se, como estes podiam transcender sua cotidianidade por meio de sua razão e sua experiência e atuar em consequência, em virtude de seu poder. O poder e os processos políticos forma uma preocupação constante em seus escritos, porque para ele o processo político é uma luta pelo poder e pelo prestígio, por posições autoritárias dentro de cada Estado-Nação e entre diversos Estados-Nações. Por outra parte, veia que a estrutura social dos Estados Unidos não era completamente democrática dado que em ela os acontecimentos dependiam de decisões de um punhado de pessoas que cada vez mais centralizavam os espaços de poder que integravam às corporações econômicas, militares e políticas com sua ideologia justificadora que se fazia mais patente quando de assuntos internacionais de tratava. Hoje, em um mundo de antagonismos estruturais, guerras e rebeliões, se apresenta a necessidade de voltar a figuras como Mills que nos aporta um dos aspectos em que uma entidade tão complexa como o poder, pode ser entendida, assim como nos apresenta a necessidade de reflexionar acerca de como sucede a história, sua mecânica e seus processos.*

**Palavras chave:** *sociedade, poder, autoridade, política, equilíbrio.*

## 1. El autor

Mills estudia en Wisconsin. Tiene como profesores a Sorokin y a Hans Gerth con quien escribe *Carácter y estructura social*, publicado en 1953. Es Gerth quien lo introduce en el conocimiento de los clásicos en sociología y especialmente en la sociología alemana, por entonces poco valorada en los Estados Unidos. La actividad académica de Mills continúa en la Universidad de Columbia, en Nueva York (1946).

A través de Gerth recibe una doble influencia teórica: una, de orden psicológico, que da origen al concepto de *carácter*, basado en las teorías de George H. Mead y de Sigmund Freud, y otra, de orden sociológico, que origina el concepto de *estructura social* a partir de las teorías de Max Weber y Mannheim.

En gran parte de sus obras se nota la presencia teórica de clásicos como Comte, Spencer, Schumpeter, Veblen, Sombart y Marx, que se suman a los citados anteriormente. Pero también encontramos influencias de politólogos como Pareto, Mosca, Lasswell, Riesman y White, así como aquellos más críticos entre los que se encuentran Franz Neuman y Erich Fromm.

Mills planteó la necesidad de abandonar dos tradiciones que con fuerte arraigo se habían asentado en su época en la sociología —y que aun hoy mantienen su influencia—: el empirismo y el racionalismo. Ambas, creía, sustentaban a su modo formas ideológicas. La primera porque limitaba la discusión a generalidades de bajo nivel, al estudio de grupos pequeños, y dejaba de lado todo tipo de preocupación ética. La segunda porque implicaba el aporte de soluciones abstractas a los problemas concretos. Frente a lo que considera “falsas alternativas” se centra en las relaciones humanas, a las cuales se aproxima primero en los términos de G. H. Mead con su propuesta de “relaciones observadas”, incluidas las “relaciones compartidas”, y más tarde completa sus observaciones a través de Marx y Mannheim y la tradición europea de la “teoría del conflicto”.

En este sentido I. Horowitz, en la obra *La nueva sociología: ensayos en honor de C. Wright Mills*, concretamente en “Una introducción a la nueva

sociología”, nos muestra que la tendencia prevaleciente en la sociología norteamericana durante los años 1940 a 1960 consistió en integrar a la sociología, las disciplinas tangenciales y sus teóricos, en un marco institucional más preocupado por la imagen social que por la “imaginación sociológica”. Los racionalistas intentaban desarrollar “teorías generales” sobre el comportamiento humano con lo cual lograron aceptación “más por el brillo y tenacidad de sus principales sustentadores que gracias a algún acuerdo sobre la lógica o los resultados de la ‘gran teoría’” (Horowitz, 1969: 13). Los esfuerzos del empirismo, que se cristalizaron en institutos y centros de investigación, giraron alrededor de la idea de que la sociología establece “verdades” antes que “significados” y de que su tarea principal consiste en distinguir entre información fáctica y modelos operacionales.

Así también para Horowitz (1969:27-28), la sociología racionalista, al multiplicar los conceptos, entorpeció incluso la búsqueda de una sociología aplicada. De la idea de que la sociedad es racional se derivó que todos los elementos de la sociedad son racionales. Al equipararse el ciclo vital de todas las sociedades al de una sociedad, la labor del sociólogo se redujo a unir las partes y explicar los elementos “disfuncionales”. De este modo, la dependencia de los racionalistas respecto de los modelos de equilibrio se constituyó en una creencia dogmática en el consenso social, descuidando los problemas relativos al cambio social. Este enfoque sociológico, al poner el acento en los elementos estructurales de una sociedad, subestimó los rasgos reveladores de normas y valores contradictorios. Los sociólogos, al estar obnubilados por el concepto de “orden social”, no podían percatarse de que el deseo de que reine la armonía no es prueba suficiente de la existencia del orden. De ahí que el frenesí por el orden social devino con excesiva asiduidad en el culto a un *determinado* orden social.

En este contexto, siguiendo a Horowitz, aparece la necesidad, casi “desesperante” para la profesión, de una sociología de amplio alcance e históricamente fundamentada. Es entonces cuando pasa a primer plano la singular contribución de C. Wright Mills, quien introduce la dimensión sociológica a los mayores interrogantes políticos de la época. Así Horowitz expresa:

Lo que Mills defendía era la imperativa necesidad, no sólo de una conciencia social, sino también la toma de conciencia, por parte de los sociólogos, de las premisas y principios que la tradición clásica siempre consideró significativos. En un sentido crítico, Mills era un sociólogo conservador en la verdadera acepción de la palabra, porque estaba interesado en preservar la herencia de este campo del conocimiento. Consideraba que su posición formaba parte de la “tradición clásica”, la importante corriente a la que pertenecen las obras de Pareto, Durkheim, Weber, Znaniecki, Simmel y Marx. Éstos eran para él los puntales de la sociología; y en realidad lo son, por encima y más allá de la opinión que le mereciera a Mills, ya que a ellos les debemos la neta distinción entre ciencia como clarificación, e información como manipulación (Horowitz, 1969:31).

Como nos indica Notestein (1969:69), Mills fue uno de los que practicaron con éxito la sociología del conocimiento en los Estados Unidos, ya que para él la “imaginación sociológica” debía destinarse a examinar los problemas suscitados por la intersección de la historia con la biografía; esta concepción derivaba a su vez de su creencia en que la ineludible esencia moral de todos los problemas significativos que se plantea la indagación social, así como de las cuestiones públicas y las dificultades personales, es el sentimiento de ver amenazados los valores que uno estima.

Consecuentemente, entonces, el primer fruto de esa *imaginación* y la primera lección de la ciencia social que la encarna es la idea de que:

El individuo sólo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época; de que puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias [...]. No conocemos los límites de la capacidad humana para el esfuerzo supremo o para la degradación voluntaria, para la angustia o para la alegría, para la brutalidad placentera o para la dulzura de la razón. Pero en nuestro tiempo hemos llegado a saber que los límites de la “naturaleza humana” son espantosamente dilatados. Hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica. Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de su historia, aún cuando él está formado por la sociedad y por su impulso histórico (Mills, 1969: 25-26).

Así la *imaginación sociológica* permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad.

Reconocer esa tarea y esa promesa es para Mills:

La señal del analista social clásico. Es la característica de Herbert Spencer, ampuloso, verboso, comprensivo; de A. E. Ross, gracioso, revelador, probo; de Augusto Comte y Emile Durkheim, del intrincado y sutil Karl Mannheim. Es la cualidad de todo lo que es intelectualmente excelente en Carlos Marx, es la clave de la brillante e irónica penetración de Thorstein Veblen, de las polifacéticas interpretaciones de la realidad de Joseph Schumpeter; es la base del alcance psicológico de W. E. H. Lecky no menos que de la profundidad y la claridad de Max Weber. Y es la señal de todo lo mejor de los estudios contemporáneos sobre el hombre y la sociedad (Mills, 1969:26).

Como expone Mizruchi (1969:23-24), al considerar a Mills y sus variados intereses sociológicos, vemos un científico social cuyo esfuerzo se centró en unir la tradición clásica, sus intuiciones e hipótesis con los métodos empíricos contemporáneos. Se distinguió por su preocupación en la comprensión y el proceso de elección de problemas socialmente significativos.

Desde otra perspectiva, a Mills se le ha acusado de ser un enamorado del poder a partir del desarrollo de su teoría sobre la *élite del poder*, centrada en las preocupaciones de Michels, Weber y Pareto. En este sentido Horowitz nos revela que la idea del poder ni intoxicó ni saturó a Mills, en todo caso:

Mills se dejaba seducir por la facultad de la razón para vencer las fuerzas del poder. Esto no significa una adoración maniquea del poder, sino simplemente un racionalismo adecuado, estilo siglo XVIII. Algunos tienen la idea peculiar de que Mills era un activista político y un polemista; un hombre para el que resultaba irresistible la atracción del poder político. Pero si se examinan sus obras se advierte a un hombre con la obsesión no del poder sino del poder de las ideas. [...] Mills se enorgullecía personalmente de su capacidad de practicar la política de la verdad en oposición a la política de los partidos. Ponía en duda la *mística* de la separación de la realidad y los valores. Negaba la creencia esquizofrénica de que las ciencias sociales y el hacer la historia eran contradictorios (Horowitz, 1973:XIV).

## 2. Los intelectuales y la política de la verdad

A Mills le preocupaba el retraimiento de los intelectuales de las cuestiones políticas, aunque estaba convencido de que esto en sí mismo era un acto político. Y lo era porque su efecto era servir a los poderes dominantes. Pensaba que con frecuencia, en las sociedades totalitarias, los intelectuales están encerrados, mientras que en las democracias formales se encierran al aislarse de la política (Mills, 1973:175). Se pregunta qué tipo de “política” pueden seguir los intelectuales.

Una política realista en los Estados Unidos que estuviera al alcance de los intelectuales debía basarse, para el autor, en estudios sobre “el hombre y la sociedad” a partir de comparaciones a escala mundial que reformularan las opiniones sobre la Unión Soviética, China y los Estados Unidos, desligados de cualquier apología nacionalista (Mills, 1973:178). Proponía convertirse al internacionalismo y sustituir la participación en la Guerra Fría, priorizando el contacto con todos los países del mundo, sobre todo los del área chino-soviética. Postulaba también que como intelectuales y hombres públicos se debía trabajar para la paz a través del intercambio de ideas, valores y programas. Reafirmó que el interés de todo intelectual debía ser definir la realidad de la condición humana y hacerla pública; y confrontar los nuevos hechos que en su época construían la historia y el carácter, es decir, aquellos que adquirirían un significado en las vidas personales y que no eran considerados bajo la visión de responsabilidad política por los intelectuales del momento. Al tomarlos como hechos dados se dejaba de lado la comprensión de alternativas diferentes y posibles para la comunidad humana. Esta postura lo llevó a sostener:

Si esto –la política de la verdad– es simplemente una acción de juicio, que lo sea. Si es además una política de desesperación, que lo sea. Pero en este momento y en los Estados Unidos es la única política realista de posible influencia al alcance de los intelectuales. Es el camino y el próximo paso a dar. Es una afirmación del propio ser como centro moral e intelectual de decisión responsable, el acto de un hombre libre que rechaza “la fatalidad”; porque revela su resolución de seguir su *propio* destino o, al menos, de tomarlo en sus propias manos (Miles, 1973:178).

Creía que en un escenario caracterizado por la falta de voluntad política, los intelectuales de Estados Unidos se enfrentaban a la oportunidad única de comenzar de nuevo, por ejemplo, siendo artesanos independientes, lo que significaba ser libres para decidir qué hacer en sus trabajos (Mills, 1973: 175). Para él, sugerir programas para quienes trabajan en el ámbito cultural no era lo mismo que hacerlo para cualquier otro grupo. Sabía que en Occidente, sobre todo, los intelectuales todavía eran libres de ser conscientes de las decisiones políticas que tomaban al realizar su tarea. Sostenía que, en este sentido, ningún otro tipo de hombre era tan libre y estaba situado en una posición estratégica tal como para introducir innovaciones en el aparato cultural, los medios de información y el conocimiento; es decir, introducir transformaciones en los medios a través de los cuales se definen las realidades, se elaboran y se presentan al público los programas y las políticas.

Mills (1973:173) notaba que el especialista se había constituido en la imagen del hombre que estaba en ascenso tanto en Rusia como en Estados Unidos y ello se evidenciaba, sobre todo, en los investigadores sociales que introducían en sus investigaciones los métodos y la forma de la ciencia física, abdicando, de este modo, de la autonomía intelectual y política de las tradiciones clásicas de su disciplina. De ahí que, para Mills, las ciencias sociales se habían convertido en una serie de técnicas burocráticas solo preocupadas por los aspectos metodológicos y problemas menores que no tenían ninguna relación con cuestiones de importancia pública o privada.

### **3. La relación entre razón y libertad**

Nuestro autor nos plantea que es innegable que a partir de la Ilustración surge la creciente racionalidad como la condición primera de una creciente libertad. Y que esta idea siempre estuvo presente en los pensadores guiados por el supuesto clave de la relación inmanente entre razón y libertad, propio de la Ilustración y plasmado en aquellos ideales basados en a) la idea del progreso como factor de liberación, b) la fe en la ciencia, c) la relevancia de la educación popular y d) la importancia de lo anterior para la praxis política democrática; creencias que más han influido y moldeado nuestro pensamiento. Pero si

[...] el papel de la razón en los asuntos humanos y la idea del individuo libre [...] han de seguir siendo los valores clave de acuerdo con los cuales se especifican las inquietudes y se enfocan los problemas, entonces los ideales de razón y libertad tienen que ser reformulados ahora como problemas de manera más precisa y resoluble que la que conocieron los pensadores e investigadores anteriores, dado que en nuestro tiempo, esos dos valores, razón y libertad, corren peligro manifiesto aunque sutil (Mills, 1969:180).

La visión que nos plantea Mills es la de un Estado en donde, si bien las organizaciones racionales (burocracia) han aumentado, se puede decir que no lo ha hecho la razón sustantiva del individuo en general. Del mismo modo, si bien la ciencia, y su proyección en el desarrollo tecnológico ocupan un lugar central en la sociedad, no hace por sí misma que los hombres vivan más racionalmente, sin mitos y sin supersticiones. Consecuentemente, nos dice:

La instrucción universal puede llevar a la idiotez tecnológica, al provincialismo nacionalista, y no a la inteligencia ilustrada e independiente. La distribución en masa de la cultura histórica no puede elevar el nivel de la sensibilidad cultural, sino más bien trivializarla, simplemente, y rivalizar poderosamente con la oportunidad para la innovación creadora. Un alto nivel de racionalidad burocrática y de tecnología no significa un alto nivel de inteligencia individual o social. Del primero no puede inferirse el segundo. Porque la racionalidad social, tecnológica y burocrática no es meramente una gran recapitulación de la voluntad y el talento del individuo para razonar. La oportunidad misma para adquirir esa voluntad y ese talento más bien parecen, en realidad, disminuir con ella. Los dispositivos sociales racionalmente organizados no son necesariamente medios de aumentar la libertad para el individuo o para la sociedad. De hecho, muchas veces son medios de tiranía y de manipulación, medios de expropiarle a la razón su oportunidad, la capacidad misma de obrar como hombre libre (Mills, 1969:181).

Desde esta perspectiva el aumento de la racionalización lleva en sí mismo una contradicción y un quiebre, la primera se da entre racionalidad y razón y el segundo entre lo que se cree es una coincidencia entre razón y libertad. Son estos parámetros los que para nuestro autor determinan un tipo de hombre “con racionalidad” pero “sin razón”, que cada vez es más infeliz, menos libre y más adaptado.

En su opinión:

Dado los efectos crecientes de la tendencia ascendente a la racionalización, el individuo “hace todo lo que puede”. Engrana sus aspiraciones y su trabajo con la situación en que está, y de la cual no puede salir. A su debido tiempo no busca una salida: se adapta. La parte de su vida que no dedica al trabajo, la emplea en jugar, en consumir, en “divertirse”. Pero también esta esfera de consumo está siendo racionalizada. Enajenado de la producción, del trabajo, lo es también del consumo, del verdadero descanso. Esta adaptación del individuo y sus efectos sobre su medio y su yo tiene por consecuencia no sólo la pérdida de su oportunidad y, con el tiempo, de su capacidad y su voluntad para razonar; afecta también a sus oportunidades y su capacidad para obrar como un hombre libre. Ni el valor de la libertad ni el de la razón parecen serle conocidos (Mills, 1969: 183).

Para Mills, esta problemática se encuentra en Mannheim al plantear la noción de “auto-racionalización”, que significa el modo en que un individuo, aprisionado en los limitados segmentos de las grandes organizaciones racionales, llega de manera sistemática a regular sus impulsos y sus aspiraciones, con estricto apego a las “reglas y estatutos de la organización” (Mills, 1969). Para nuestro autor, la organización racional es una organización que enajena, ya que con el tiempo los principios que guían la conducta, la reflexión y las emociones no parten de la conciencia individual ni de la razón independiente. Por el contrario, esos principios no solo son ajenos a la individualidad, sino que, y sobre todo, están en contradicción con ella. Entonces, una “racionalidad sin razón” no aumenta la libertad, sino que la destruye, y se pregunta si llegará a prevalecer, o siquiera a florecer entre los hombres lo que puede llamarse el “Robot Alegre” (Fernández Cardoso, 2011:131).

En la visión de Mills el hombre enajenado se contrapone a la imagen occidental del hombre libre y la sociedad donde este “robot animado” florece es la antítesis de la sociedad democrática.

Como señala Blum (1969:196), Mills entiende que la conciencia falsa tiene sus raíces en la estructura de una sociedad de masas dominada por los mercados y las máquinas responsables del robot alegre, enajenada

de la comunidad y la sociedad en un contexto de desconfianza y manipulación.

Según Mills, los problemas que devienen de la crisis entre razón y libertad son estructurales y, por lo tanto, únicamente se pueden establecer las conexiones entre estructura y ambiente que permiten la realización de los valores de libertad y razón en los términos clásicos de *biografía humana* e *historia de época*. Entonces, la promesa de las ciencias sociales radica en la reformulación y aclaración de “la crisis de la individualidad y la crisis de la realización de la historia; el papel de la razón en la vida individual libre y en la realización de la historia” (Mills, 1969:186). También es ésta la promesa política de lo que se denomina “cultura occidental”, porque, dado que las crisis políticas e intelectuales se presentan también dentro de las ciencias sociales, el trabajo serio en una esfera es trabajo serio en la otra. Por ello:

Toda reformulación política contemporánea de fines liberales y socialistas debe incluir como fundamental la idea de una sociedad en la que todos los hombres serían hombres de razón independiente y cuyo libre razonar tendría consecuencias estructurales para sus sociedades, su historia y, en consecuencia, para los destinos de su propia vida (Mills, 1969:186).

Por ello, desde la perspectiva de Mills no puede existir libertad sin un amplio papel de la razón humana en los asuntos humanos. Dentro de la biografía de un individuo y dentro de la historia de una sociedad, la tarea social de la razón es formular en qué términos se pueden realizar diversas elecciones, lo que implica ampliar el alcance de las decisiones humanas y la realización misma de la historia (Mills, 1969: 187).

Así también, y como corolario, la autoeducación de las personas cobra especial relevancia porque:

Adiestrar a alguien para que maneje un torno o para que lea y escriba es en gran parte educar su capacidad, especializarlo [...]. Pero colaborar, en un grupo de personas, al nacimiento de las sensibilidades culturales, políticas y técnicas que harían de ellas auténticos miembros de un público auténticamente libre, es a la vez un adiestramiento de capacidades y una educación de valores. Incluye una especie de terapia en el antiguo sentido de ilustrar el

conocimiento de uno mismo; incluye provocar esas capacidades de controversia con uno mismo a las que llamamos pensar; y con otros, a las que llamamos debate. Y el producto definitivo de esa educación libre de sensibilidades es simplemente el hombre o la mujer auto-educados y auto-cultivado (Mills, 1960:295).

#### 4. La democracia de masas

Mills observaba que en la sociedad norteamericana, tanto en la vida oficial como en la del común, existía una imagen, que incluso adoptaba el público, similar a aquella de la democracia clásica en donde la libertad de discusión, de organizar órganos autónomos de la opinión pública, de convertir la opinión en acción, en última instancia, la versión de “la voluntad popular” equivalente a la idea económica del libre mercado, era utilizada para justificar el poder. Por eso en la imagen aceptada del poder y el centro de decisión, no existía otra fuerza tan importante como la del gran público norteamericano. Así también se instalaba la idea de que el público era la sede de todo poder legítimo más que ningún otro sistema de freno y equilibrio. Y ello ocurría porque:

Al fin, todos los teorizantes liberales fundan sus nociones del sistema de poder en el papel político que desempeña este público; todas las decisiones oficiales, así como las decisiones privadas de grandes consecuencias, se justifican en el bienestar público; todas las proclamaciones formales se hacen en su nombre (Mills, 1960:278).

Es decir, el público de la democracia clásica, en la perspectiva de Mills, constituye el telón de fondo de la democracia bajo el postulado de la *discusión* que:

Es, a un tiempo, el hilo y la lanzadera que unen en la misma trama los distintos círculos polémicos. Su raíz es el concepto de la autoridad debatida, y se basa en la esperanza de que la verdad y la justicia surgirán de algún modo de la sociedad constituida como un gran organismo de discusión libre. El pueblo se plantea problemas. Los discute. Opina sobre ellos. Formula sus puntos de vista. Éstos se exponen de manera organizada y compiten entre sí. Uno de ellos “gana”. Luego el pueblo aplica esta solución o bien ordena a sus representantes que la apliquen y así sucede” (Mills, 1960:279).

Si la idea es ésta, entonces, para Mills (1973:278), en un *público*, tal como se entiende el término, virtualmente es igual el número de personas que expresan opiniones que el número de quienes las reciben; las comunicaciones públicas están organizadas de tal manera que si se lo desea se puede responder inmediata y eficazmente a cualquier opinión expresada en público. Las opiniones que se forman mediante esta discusión pueden transformarse en praxis, es decir, en acción efectiva si es necesario contra los sistemas y agentes de autoridad. Y como las instituciones de la autoridad no interpenetran al público, éste es más o menos autónomo en sus operaciones. Cuando prevalecen estas condiciones se está frente al modelo funcional de una comunidad integrada por un público y cerca de los supuestos de la teoría democrática clásica.

Pero para Mills (1960:279-280) esto ni siquiera es una aproximación a la manera en que funcionaba el sistema de poder en los Estados Unidos, porque los problemas que tenían que ver con la vida y el destino del hombre no eran planteados ni resueltos por el público en general. Sostiene que la idea de la comunidad de públicos es la afirmación de un ideal, de una justificación disfrazada, una forma más de legitimación. La clásica comunidad de públicos, para el autor, se transformó en una sociedad de masas.

La sociedad de masas, por lo tanto, aparece en el extremo opuesto de una sociedad integrada por públicos y más bien al margen de la opinión. Mills define la cuestión así:

En una *masa*, muchas menos personas expresan opiniones que las reciben; porque la comunidad del público se convierte en una colectividad abstracta de individuos que reciben impresiones de los medios de masas. Las comunicaciones que prevalecen están organizadas de tal manera que resulta difícil o imposible para el individuo responder inmediatamente o con algún efecto. La realización de la opinión en la acción es controlada por autoridades que organizan canales para esa acción. La masa no tiene autonomía de las instituciones; por el contrario, agentes de las instituciones autorizadas interpenetran esta masa, reduciendo la autonomía que pudiera tener en la formación de la opinión mediante la discusión (Mills, 1973:278).

El público y la masa, de acuerdo con Mills (1960:283; 1973:278-279), se distinguen por sus medios de comunicación dominantes. En una comunidad de públicos la discusión es el medio de comunicación que prevalece, y los medios de masas, si existen, solo contribuyen a ampliar la discusión, uniendo a un público *primario* con las discusiones de otro. En una sociedad de masas el tipo de comunicación dominante es el medio oficial y los públicos se convierten en *mercados de los medios de comunicación*.

El analizar y definir una comunidad de públicos le permite decir a Mills (1973:281) que en la sociedad norteamericana de su época ya se había recorrido una distancia considerable hacia la sociedad de masas. Notaba que se podía hacer un paralelo histórico entre el mercado de mercancías, en el orden económico, y el público de la opinión pública. Veía la existencia de un movimiento que iba de los poderes dispersos a los poderes concentrados ligado al intento de ejercer el monopolio del control desde los centros poderosos. Así, la publicidad de masas y su influencia estaba sustituyendo la opinión personal, por ejemplo, entre el comerciante y el consumidor. Del mismo modo, líderes, profesionales, industriales, que participaban del “negocio de la opinión”, se encontraban en las mejores condiciones para manipular al público. Y esto se evidenciaba, para nuestro autor, en el éxito que obtenían los demagogos que explotaban el mercado de medios de comunicación. Y es por ello que expone:

En el público primario, la competencia de opiniones se efectúa entre personas cuyos puntos de vista están al servicio de sus intereses y su razón. Pero en la sociedad de masas de los mercados de medios, la competencia, si es que la hay, se desarrolla entre los manipuladores con sus medios de influir en la masa, por una parte, y el pueblo que recibe la propaganda, por otra.

En esas condiciones, no debe sorprendernos que la opinión pública sea considerada como una mera reacción –no podemos decir respuesta– al contenido de dichos medios. En este aspecto, el público es tan sólo la colectividad de individuos, expuesto cada uno de ellos casi pasivamente, a la acción de esos medios y abiertos con relativa impotencia a las sugerencias y manipulaciones que de allí surgen (Mills, 1960:284).

Desde la perspectiva del autor, cuando se habla de “democracia de masas” se está hablando de la lucha entre grupos de intereses poderosos, que son parte de las grandes decisiones tomadas por el Estado, la corporación y el Ejército, y la voluntad del ciudadano como miembro del público (Mills, 1960:286). Otra característica consiste en que la distancia entre los miembros y los líderes de la masa se va ensanchando:

El abismo entre orador y oyente, entre poder y público, no conduce tanto a la ley férrea de la oligarquía como a la ley del que habla en nombre de otros; a medida que el grupo de presión se extiende, sus líderes llegan a organizar las opiniones que “representan”. Así las elecciones se convierten [...] en contiendas entre dos partidos incontrolables y gigantescos, sobre ninguno de los cuales puede creer el individuo que influye y ninguno de los cuales es capaz de conquistar mayorías psicológicamente importantes o políticamente decisivas. Y en todo esto, los partidos tienen la misma forma general que otras asociaciones de masas (Mills, 1960: 286).

## **5. La educación y los medios de comunicación de masas**

Por lo tanto, según Mills (1960:289), además de los medios de administración, explotación y violencia, ampliados y centralizados, la minoría moderna cuenta con instrumentos de manejo y manipulación, de una eficacia no conocida en la historia: la educación y los medios de comunicación de masas. Estos últimos, cree, más que ampliar y animar las discusiones de los públicos, ayudan a transformarlos en mercados para esos medios, dentro de una sociedad de masas. En este sentido, más allá de imponer enunciados de opiniones frente a las escasas posibilidades de replicar, o más allá de la evidente violencia de la frivolidad o la imposición de estereotipos, lo más importante reside en la capacidad de incidir en lo que denomina “analfabetismo psicológico”, tan facilitado por los medios, y que se manifiesta en la construcción de imágenes que se toman como propias, el establecimiento de normas ya sea de credulidad o de aceptación en la que se basan los individuos frente a los acontecimientos, desarrollando una experiencia fragmentada, por lo general, organizada en base a estereotipos. En resumen:

La clase de experiencia que puede servir de base para la resistencia a los medios de comunicación de masas no es una experiencia de los sucesos en bruto, sino la experiencia de los significados. El matiz de la interpretación debe hallarse en la experiencia si hemos de usar esta palabra en serio. Y la capacidad para dicha experiencia se implanta socialmente. El individuo no se fía de su propia experiencia, como he dicho, hasta que está confirmada por otros o por los medios (Mills, 1960:290).

Para Mills, se puede argüir que mientras los medios no constituyen monopolios, el individuo puede comparar un medio con otro y así resistir a cualquiera de ellos (Mills, 1960:291). Se piensa que a mayor competencia auténtica entre los medios, mayor resistencia puede oponer el individuo. Pero se pregunta ¿hasta qué punto sucede esto? ¿Compara la gente realmente los informes que recibe sobre asuntos o sistemas públicos, contrastando un medio con otro? La respuesta que encuentra es que generalmente no, y que muy pocos lo hacen. Así también, está convencido de que los medios no solo se infiltran en la experiencia que se tiene de la realidad exterior, sino que además afectan la experiencia que cada uno tiene de sí mismo. Suministran nuevas identidades y aspiraciones respecto de lo que cada uno desearía ser y parecer.

Pero además, recalca, se constituyen en el instrumento de poder más importante a disposición de las minorías ricas y de las élites del poder, incluso algunos de los altos gerentes de dichos medios son parte ellos mismos de las minorías o sus servidores (Mills, 1960:292-293).

Si bien se dice que la autoridad reside *formalmente* en el pueblo, para nuestro autor ésta de hecho se encuentra en los pequeños círculos. Y una de las estrategias de la manipulación consiste en hacer creer que el pueblo, o por lo menos un grupo amplio, “toma en realidad las decisiones” (Mills, 1960:294). Por ello insiste en que los hombres que tienen acceso a la autoridad prefieren los métodos secretos y callados de la manipulación.

Por último, se supone que la educación pública, como se la entendió en Estados Unidos, era política en el sentido de hacer al ciudadano más consciente y, por lo tanto, más capaz de pensar y juzgar sobre

los asuntos públicos (Mills, 1960:295). Cuando se trasladó del campo político al económico, su función fue adiestrar personas para ocupar mejores puestos, mejor remunerados, es decir, satisfacer las demandas del mundo de los negocios. Pero al convertirse en una educación de masas, las instituciones educativas se convirtieron en medios para el ascenso social y profesional y, por lo tanto, se volvieron políticamente tímidas (Mills, 1960:296). Por ello el autor postula que en manos de “educadores profesionales” muchas escuelas funcionan basándose en la ideología de “ajuste para la vida” y de esta manera estimulan la aceptación de la forma de vida que caracteriza a las masas, más que la lucha por la trascendencia tanto individual como pública.

## 6. El problema de las ideologías

El planteo originario de Mills lo lleva a enfrentarse con el problema de las ideologías. Las orientaciones básicas, representadas por el liberalismo y el socialismo, no se muestran para Mills como explicaciones adecuadas ni del mundo ni del hombre.

Según Mills (1969:178-179), así como la Edad Antigua fue seguida de varios siglos que los occidentales llamaron la Edad Media y la Edad del Oscurantismo, la Edad Moderna empezaba a ser seguida por una edad posmoderna que podía ser llamada la Cuarta Época, lo que motivaba que las explicaciones procedían de la transición histórica de la Edad Media a la Moderna, y que cuando se generalizaban se hacían casi inaplicables o, por lo menos, no convincentes. Sostenía que las principales orientaciones, como el liberalismo y el socialismo, se habían desplomado virtualmente como explicaciones adecuadas del mundo.

El liberalismo se interesó por la libertad y la razón como hechos supremos en lo que afecta al individuo, y el marxismo en lo que afecta al papel del hombre en el hacer político de la historia (Mills, 1969:180). Los liberales y los radicales de la Época Moderna fueron por lo general hombres que creyeron que la historia se forja racionalmente y que cada individuo construye del mismo modo su propia biografía.

En este sentido, en la visión de nuestro autor, la época moderna depositó todo en las versiones clásicas del liberalismo y el marxismo que, considerados en todas sus variantes, constituían las principales, e incluso las únicas, alternativas políticas. Y más que filosofías políticas se presentaban como “realidades políticas” de primer orden y los credos proclamados de los dos Estados más poderosos en la historia del mundo (Mills, 1976:5). Al contemplar a los Estados Unidos y a la URSS (y los bloques de naciones alrededor de cada uno de ellos) veía al resto del mundo en términos de estos credos, y consideraba al mundo subdesarrollado como alternativa de modelos para su propio desarrollo.

Si bien para el autor ambas formas políticas fueron “credos insurgentes” en su origen y encarnaron la retórica de movimientos, partidos y clases en camino hacia el poder (Mills, 1976:11), finalmente se convirtieron en un credo conservador, es decir, la ideología y la retórica de sistemas políticos y económicos consolidados. Porque, al alcanzar el poder, estas filosofías políticas se convirtieron en ideologías oficiales. De este modo, para Mills:

Con el éxito, la ideología en general se vulgariza a la larga; hay un liberalismo vulgar y un marxismo vulgar [...] Sobre todo con el éxito, los ideales, especialmente los más rebeldes, tienden a incorporarse en la ideología de la justificación, y, en la realidad práctica, a identificarse con los agentes de la acción. El mantenimiento de estos agentes viene a ser el ideal activo; los demás ideales se convierten en “mera retórica”, de campaña o revolucionaria (Mills, 1976:9-10).

## 7. La estructura social de los Estados Unidos

Mills (1976:7-8) considera que la decadencia de la Época Moderna es el fruto de la crisis del liberalismo y también del marxismo, al tiempo que se presenta como la antesala de una nueva época tanto para la historia del mundo como para la historia humana. Desde la Revolución Rusa y la consolidación del bloque soviético el encuentro del liberalismo con el marxismo se había convertido en un encuentro mundial de Estados nacionales. En la realidad política la variante comunista con sede en el bloque soviético se constituyó en la principal forma de marxismo. En la realidad política, la variante norteamericana, con

sede en los Estados Unidos de Norteamérica, representó la principal forma del liberalismo. De acuerdo con Mills, dados los poderosos medios de hacer historia que ambos tuvieron a su disposición, estos dos Estados y los bloques que formaron se constituyeron, en su época, en las organizaciones más portentosas de la vida pública y privada que los hombres conocieran. Es por ello que, siguiendo al autor, cuando se examinan los credos políticos que dichos Estados y sus bloques proclamaban –explicándolos, comparándolos, criticándolos–, no solamente se habla de “ideas”, sino que se está hablando de los rasgos decisivos del pasado, del presente y del futuro. Pero no solo eso, también se habla de las clases de hombres y mujeres que habitan y habitarán la Tierra. Pensaba que únicamente a través del prisma de una u otra variante de estas filosofías políticas se podía saber lo que estaba sucediendo en el mundo y cómo orientarse en él.

Mills consideraba que la estructura social de los Estados Unidos no era completamente democrática y que no había sociedad que lo fuese porque ésta era un ideal (Mills, 1969:199). En su visión, los Estados Unidos eran democráticos tanto en la forma como en la retórica de las expectativas, pero no lo eran en sustancia y en la práctica, y ello se observaba en muchos sectores institucionales. Pensaba que así como la economía corporativa no se desenvolvía ni como una serie de asambleas públicas ni como un conjunto de poderes responsables ante aquellos a quienes sus actividades afectaban, los mecanismos militares y, cada vez más, el Estado político estaban en la misma situación.

Para nuestro autor el curso de los acontecimientos dependía de una serie de decisiones humanas más que de ningún destino inevitable, por eso con referencia a la *élite* del poder, cree que:

La idea de la *élite* del poder no implica nada acerca del proceso de adopción de decisiones como tal; es un intento para delimitar las zonas sociales en que se realiza ese proceso, cualquiera que sea su carácter. Es una concepción de lo que va implicado en el proceso [...]. Sin embargo, en nuestro tiempo se presentan momentos decisivos, y en esos momentos deciden o dejan de decidir pequeños círculos. En cualquier caso, esos grupos son una minoría del poder. Uno de esos momentos fue el lanzamiento de las bombas A sobre el Japón; otro lo fue la decisión acerca de Corea;

lo fueron también la confusión acerca de Quemoy y de Matsu, así como anteriormente Dien bien fu; otro “momento” semejante fue la serie de maniobras que complicaron a los Estados Unidos en la II Guerra Mundial. ¿No es verdad que gran parte de la historia de nuestros días está compuesta de momentos como éstos? ¿Y no es eso lo que quiere decirse cuando se afirma que vivimos en un tiempo de grandes decisiones, de poder decisivamente centralizado? (Mills, 1960:28).

Sin embargo, para Mills (1960: 29), aun el estudio más superficial de la historia de Occidente nos enseña que el poder de las personalidades decisivas se ve limitado por el nivel de la técnica, por los *medios* de fuerza, violencia y organización que prevalecen en una sociedad determinada. Y también nos enseña que hay una línea recta ascendente a lo largo de la historia de Occidente y que los medios de opresión y explotación, de violencia y destrucción, así como los medios de producción y reconstrucción, han sido progresivamente ampliados y centralizados, y al ser los medios institucionales del poder y los medios de comunicación cada vez más eficaces, los que tienen el mando de éstos poseen instrumentos de dominación como nunca se vieron en la historia de la humanidad.

Mills (1963:416-417) veía que en los Estados Unidos un núcleo de corporaciones centralizaba las decisiones más importantes para el desarrollo militar, político y económico de significación global, lo que denotaba que lo militar y lo político no podían separarse de las consideraciones económicas del poder. Sostenía que ya no se podía hablar de un orden económico o un orden político, sino de una economía política, es decir, una economía política estrechamente vinculada con las instituciones y decisiones militares.

La integración de las estructuras económicas, militar y política era un proceso mundial que se llevaba adelante a ambos lados de la línea divisoria que se había establecido a través de Europa Central y Corea (Mills, 1963:418). En este proceso, además, la variedad y la capacidad de las armas modernas lograron el aumento del poder acumulado por las unidades centrales en la toma de decisiones. Esto a su vez produjo el aumento del poder central con el resultado de una creciente burocratización.

Por esto, remarca el autor, la historia que afecta a todos los hombres es la historia del mundo. Mills (1969:24) sostiene que en el curso de una sola generación la sexta parte de la humanidad pasó de ser feudal y atrasada a moderna, avanzada y temible, y si bien las colonias políticas se liberaron, surgieron nuevas y menos visibles formas de imperialismo. Así también, las revoluciones hacen sentir a los hombres nuevos tipos de autoridad, y las sociedades totalitarias o son reducidas o triunfan. Observa que después de dos siglos de dominación, el capitalismo se presenta como el medio que puede convertir a la sociedad en industrial. Y así como, después de dos siglos de esperanza, la democracia formal está limitada a una porción pequeña de la humanidad, por todas partes, en el mundo subdesarrollado, los medios de ejercer la autoridad y la violencia se hacen totales en su alcance y burocráticos en su forma.

De ahí que Mills y Gerth (1963:417) plantean que, al reflexionar sobre las transformaciones básicas ocurridas en las sociedades del siglo XX, era de fundamental importancia estudiar los órdenes institucionales en los que la distribución del poder se hacía más visible. Ello no significaba, para los autores, considerar el “poder” como el valor máximo. Sí implicaba que al contemplar las estructuras sociales modernas desde este punto de vista se podría comprender mejor la complejidad de la época.

## 8. La minoría poderosa

Como señala Hacker (1969:160), la aparición de la *Élite del poder* dejó perplejos a aquellos críticos a quienes se les pidió que la comentaran. El libro era importante y provocador se recomendaba leerlo a todo el mundo y meditar sobre él; lo molesto era, en último análisis, la percepción de Mills sobre la sociedad norteamericana, ya que los Estados Unidos que describía resultaban muy diferentes de los conocidos por los estudiosos del panorama social.

Partía del supuesto de que no todos los hombres eran “corrientes u ordinarios”, y que así como los medios de información y poder estaban centralizados, algunos individuos habían logrado posiciones “superiores” en la sociedad norteamericana cuyas decisiones afecta-

ban la vida cotidiana de los hombres y mujeres “corrientes”. Éstos constituían la minoría poderosa o la *élite* del poder.

Del contraste entre unos y otros, según Mills, se podía decir: “son todo lo que nosotros no somos”. Define a la minoría poderosa como aquella que:

Está compuesta de hombres cuyas posiciones les permiten trascender los ambientes habituales de los hombres y las mujeres corrientes; ocupan posiciones desde las cuales sus decisiones tienen consecuencias importantes. El que tomen o no esas decisiones importa menos que el hecho de que ocupen esas posiciones centrales: el que se abstengan de actuar y de tomar decisiones es en sí mismo un acto que muchas veces tiene consecuencias más importantes que las decisiones que adoptan, porque tienen el mando de las jerarquías y organizaciones más importantes de la sociedad moderna: gobiernan las grandes empresas, gobiernan la maquinaria del Estado y exigen sus prerrogativas, dirigen la organización militar, ocupan los puestos de mando de la estructura social en los cuales están centrados ahora los medios efectivos del poder y la riqueza y la celebridad de que gozan (Mills: 1960:11-12).

Si existía una clave para desentrañar la idea *psicológica* de la *élite* era que los individuos que la formaban reunían en su persona la conciencia de una facultad impersonal de adoptar decisiones (Mills, 1960:22). Por ello postulaba que un modo de comprender la *élite* como clase social consistía en examinar toda esa serie de pequeños ambientes en que las personas se tratan de manera íntima y directa, siendo el primero históricamente la familia de la clase alta y luego la escuela secundaria y el club. Es así que el primer hecho importante que registra Mills (1973:147) sobre los políticos norteamericanos de la *élite* es que nunca han sido representativos de un corte vertical del pueblo norteamericano. Asevera que casi seis de cada diez de ellos llegaron a puestos elevados en la política procedentes de circunstancias familiares muy prósperas. Y esto denota que las oportunidades para poder alcanzar lugares prominentes en la política descansaba en antecedentes familiares, por lo tanto, este tipo de políticos habían tenido muchas más oportunidades que el norteamericano medio porque sus familias habían podido darles ventajas comparativas en la selección y el desarrollo de sus carreras.

Para Mills (1973:148) a todo lo largo de la historia norteamericana se podía observar la repetición del origen relativamente alto de los miembros de la élite y las escasísimas oportunidades de ascender a la cima política de los hombres procedentes de una clase baja.

Por minoría del poder Mills (1960:25) entendía los círculos políticos, económicos y militares que, a su juicio, constituían un entramado de camarillas que se apoyaban unas a otras y que influían o tomaban parte en las decisiones que, por lo menos, tenían consecuencias nacionales. Sin embargo, ello no implica, para nuestro autor, que el poder para decidir sobre cuestiones nacionales fuese compartido de modo similar por toda la minoría. Si esto fuera así, creía, no se podría hablar de minoría poderosa, ni de gradación de poder, sino solo de una *homogeneidad radical*.

Observaba que el poder para tomar decisiones de consecuencias nacionales e internacionales estaba tan claramente asentado en instituciones políticas, militares y económicas que otras áreas de la sociedad quedaban al margen y, en ocasiones, subordinadas a éstas (Mills, 1973:6). Así, las instituciones dispersas de la religión, la educación y la familia se moldeaban cada vez más de acuerdo con las tres primeras, en donde surgían las decisiones que hacían historia. No existía, para nuestro autor, por una parte, una economía y, por la otra, un orden político con una institución militar sin importancia para la política y los negocios; existía una economía política ligada al orden y las decisiones militares. Este triángulo del poder se le presentaba como un hecho estructural y era la clave, a su entender, de cualquier comprensión de los altos círculos de los Estados Unidos.

Por eso, según Mills (1960:257-258), frente a la máxima que dice “debemos estudiar la historia para librarnos de ella” postula que la historia de la *élite* del poder es un caso claro en el que esa máxima tiene sentido. Muestra que, como el ritmo de la vida norteamericana en general, las tendencias a largo plazo de la estructura del poder se vieron aceleradas desde la Segunda Guerra Mundial y por los cambios posteriores en las instituciones dominantes.

Luego, de los tres círculos que integraban la *élite*, el militar era el que más había aprovechado su aumento de poder, si bien los círculos corporativos estaban atrincherados de un modo más abierto en aquellos otros donde se elaboraban las decisiones públicas (Mills 1960:260). En este marco era el político profesional quien más había perdido. Y es por ello que, explícita, tanto al examinar los acontecimientos como las decisiones, sentía la tentación de hablar de un vacío político en el que gobernaban la riqueza corporativa y el “señor de la guerra” con intereses coincidentes. Si bien para Mills los tres tipos gobernaban, según cuáles fueran las tareas del momento uno prevalecía sobre el otro. Por ser una época de problemas en los asuntos internacionales y de defensa, los militares influían en dos sentidos: como cuerpo y como ideología justificadora. Por eso afirmaba que en esos momentos era más fácil especificar la unidad y la forma de la *élite* del poder, refiriéndose a la influencia militar.

Tanto el criterio marxista como el liberal se le presentaban demasiado simplificados en el tratamiento de estos temas (Fernández Cardoso, 2011:181). El primero, porque hace del personaje económico el *verdadero* depositario del poder, y el segundo, porque hace del gran político *la cabeza* del sistema de poder; y también hay algunos que hacen del señor de la guerra un auténtico dictador. Es por ello que para evitar estas confusiones utiliza el término “*élite* del poder” y no “clase dirigente”.

Las nociones de “clase dirigente”, “políticos burocráticos” o “camarilla militar” no son adecuadas para definir la minoría poderosa. Es por ello que un concepto útil en la interpretación de lo que ocurría en la cima de la sociedad norteamericana era, para Mills (1960:261-262), el de *élite poderosa*.

Aclara que su concepto de *élite poderosa* no solo se funda en la correspondencia de las jerarquías institucionales o en los aspectos en que, muchas veces, sus intereses contrapuestos coinciden. La *élite* del poder en la concepción de Mills, como se expresa más arriba, se apoya también en la similitud existente entre los miembros que la integran, en las relaciones oficiales e individuales entre éstos y en sus afinidades sociales y psicológicas. De ahí la necesidad de captar la unidad de la

imagen social y personal de la *élite* del poder. Pero era consciente de que no se puede fijar el rumbo de una política solo por el origen y la carrera de quienes la elaboran. De ahí que, para Mills, la procedencia social y económica de los hombres que están en el poder no dice todo acerca de la distribución del poder porque:

1) Hombres de origen elevado pueden representar ideológicamente a los pobres y a los humildes, 2) Hombres de origen modesto, que subieron por su propio esfuerzo, pueden servir con eficacia los intereses creados y heredados. Por otra parte, 3) No todos los hombres que representan con éxito los intereses de una capa social deben forzosamente pertenecer a ella o beneficiarse personalmente con las gestiones que favorecen dichos intereses. En resumen: hay, entre los políticos, *agentes* que simpatizan con determinados grupos; pueden ser conscientes o inconscientes, gratuitos o asalariados. Por último, 4) Entre los gobernantes de primera fila encontramos hombres que fueron elegidos a causa de su “conocimiento especializado”. Éstas son algunas de las razones por las cuales el origen social y la carrera de la *élite* del poder no nos permiten deducir los intereses de clases y las direcciones políticas del sistema de poder moderno (Mills, 1960: 262-263).

Pero ¿se contradice Mills al decir que, entonces, el origen elevado y la carrera de los hombres eminentes no significan nada respecto de la distribución del poder? Él mismo señala que de ningún modo. Nos advierte la necesidad de cuidarnos de toda deducción simple y directa acerca del carácter político en relación con el origen y la carrera, sin desdeñarlos, en el intento de comprensión política. Pero es innegable, sostiene, que al poseer códigos y normas en común se constituyen en un determinado “tipo social” (Mills, 1960:263).

En los Estados Unidos, para Mills (1960:265), no existía una “conciencia de clase” tan clara y mejor organizada que la de la *élite* del poder. Pues por conciencia de clase, como hecho psicológico, debe entenderse que el miembro de una “clase” solo acepta a aquellos hombres que son aceptados por su propio círculo como representantes de la imagen que él tiene de sí mismo.

En última instancia, siguiendo a Mills (1960:273), el concepto de *élite* del poder y de su unidad en la sociedad norteamericana se apoyaba en el desarrollo paralelo y la coincidencia de intereses entre las or-

ganizaciones económicas, políticas y militares, y se fundaba también tanto en la similitud de origen y de visión como en el contacto social y personal de cada uno de los miembros de las jerarquías dominantes.

Mills (1973:9) reconocía la existencia de otras interpretaciones del sistema de poder norteamericano. La más generalizada era aquella que postulaba que se trataba de un equilibrio móvil de muchos intereses en competencia. Esta imagen, decía, cuando menos en los Estados Unidos, se derivaba del mercado económico. Así, en el siglo XIX se creía que el equilibrio se producía entre una gran variedad de individuos y de empresas, y en el siglo XX entre grandes bloques de intereses. En estas opiniones, el político se presentaba como el hombre clave del poder y el mediador entre muchas fuerzas en conflicto. Al creer que el sistema de poder reflejaba una sociedad en equilibrio, no solo se pensaba en épocas anteriores, sino que al mismo tiempo se confundía la cima y la base con los niveles medios.

Los hechos que caracterizaban a los niveles medios podían entenderse en parte en términos del surgimiento de la *élite* del poder (Mills 1973:10). Así las jerarquías ampliadas, centralizadas e interrelacionadas, al abusar de la vieja noción de equilibrio, la relegaron a los niveles medios y la redujeron a demandas limitadas y locales, más parecidas al empate en un juego que a un equilibrio en movimiento.

## 9. Los niveles medios del poder

Lo que Mills (1973:9) denominaba “las fuerzas de contrapeso” y los “grupos de veto” de partidos, asociaciones y sindicatos –fuentes de equilibrio y transacción en la sociedad norteamericana– debían ser considerados en relación con el nivel medio del poder. Era sobre este nivel que el periodista político y el investigador de la política escribían más y mejor porque, para el autor, al pertenecer ambos a la clase media, sentían esa cercanía y resultaba más fácil la comprensión. Pero la atención excesiva a los planos intermedios del poder (Mills: 1960:232) oscurecía la estructura del poder en conjunto y de manera especial a los sectores superior e inferior, con lo cual, en la política norteamericana, lo que se propagaba y lo que se votaba tenía mucho que ver con esos niveles medios y a veces solo con ellos. Observaba que la mayoría de

las noticias políticas se reducían a noticias y murmuraciones respecto a problemas y conflictos del nivel medio. Y era evidente que, en los Estados Unidos, el teórico político era también, con frecuencia, solo un estudioso sistemático de las elecciones —quién votó por quién—.

Por otra parte, era evidente que como profesor o como intelectual independiente, el analista político se encontraba a su vez en ese nivel del poder, lo que facilitaba su cercanía con los líderes del mismo.

Mills (1960:252) ubica a la pluralidad de los poderes intermedios en todas las capas sociales e intereses que fueron derrotados en el curso de la historia de los Estados Unidos en su intento de llegar a la cima e, incluso, en aquellos que no lo intentaron nunca, como los pequeños propietarios rurales, los pequeños propietarios urbanos, los sindicatos de obreros asalariados, los consumidores y los principales grupos de empleados.

Afirma que los que sostienen la idea de que la sociedad norteamericana es un equilibrio de fuerzas, suponen que las unidades en equilibrio son de fuerzas más o menos iguales e independientes entre sí (Mills, 1973:11-12). Para él era evidente que estos supuestos descansaban en la noción de la importancia histórica de una clase media amplia e independiente. Así, a fines del siglo XIX y durante la Era Progresista, la clase de granjeros y pequeños comerciantes había dado su última pelea política —perdida— por un papel importante en las decisiones nacionales. Pero, como señala, esa vieja clase media independiente declinó y se volvió dependiente del Estado, tanto a nivel político como económico, sobre todo en el caso del granjero subsidiado. Luego, la aparición de la *nueva* clase media de empleados de cuello blanco no fue tampoco el pivote político de una sociedad en equilibrio, porque en ningún sentido estuvo políticamente unificada. Sus agrupaciones solo sirvieron para incorporarla como un apéndice a los intereses obreros (Fernández Cardoso, 2011:184). Y esto porque económicamente las clases de cuello blanco se constituyeron como trabajadores a sueldo y al no organizarse se encontraban en peor situación política. Es por esto que nunca podían ser la vanguardia del cambio

histórico; los considera, en el mejor de los casos, la retaguardia del Estado benefactor.

Paralelamente a la antigua clase media, cada vez más ligada a la maquinaria del Estado y a la nueva clase media, surgió una nueva fuerza en el campo político de los años 30: la fuerza de trabajo organizado (Mills, 1960:247). Durante algún tiempo pareció que el trabajo se iba a convertir en un bloque de poder independiente de la corporación y del Estado, obrando sobre y contra ellos. Sin embargo, después de subordinarse al sistema gubernamental, las uniones obreras sufrieron una rápida reducción de poder y por lo tanto influyeron poco en las grandes decisiones nacionales. Y como Mills pensaba que los Estados Unidos habían dejado de tener jefes obreros cuya opinión pesara a los ojos de los políticos encargados del gobierno visible, dirá:

Sin el mandato de los afectados por la crisis, el movimiento obrero carece de dirección política, se ha entregado absolutamente a las rutinas administrativas con las compañías y el Estado. [...] No hay nada, me parece, en la constitución de la dirección actual del movimiento obrero que nos permita esperar que pueda dirigir o llegue a hacerlo con efectividad, en vez de simplemente reaccionar. En la medida en que lucha, lo hace por una participación en los bienes de un determinado modo de vida y no por ese modo de vida en sí mismo (Mills, 1973:11).

Notaba que los sindicatos se habían convertido en organizaciones que elegían y formaban líderes, los cuales, si tenían éxito, ocupaban un lugar junto a los ejecutivos de las corporaciones dentro y fuera del gobierno, y de los políticos de ambos partidos, que formaban la *élite* nacional del poder (Mills, 1960: 247). Advertía que una de las funciones que correspondían a los sindicatos –como movimientos sociales y partidos políticos– consistía en tratar de contribuir a la formación del directorio de las corporaciones. Así también se percató de que como hombres nuevos en el poder, los líderes obreros se lanzaban al campo político nacional.

Mills (1973:11) reflexiona sobre los grandes cambios producidos en el movimiento obrero que en los años treinta se presentaba como una fuerza insurgente, independiente de las compañías y los Estados

y que surgía, por primera vez, a escala nacional, con una única dirección política: “organizar a los desorganizados”. Pasado el tiempo y ya sin el mandato de los afectados por la crisis, el movimiento obrero perdió el rumbo de su dirección política. Y esto se manifestaba porque en vez de participar en las luchas económicas y políticas, se había entregado a las rutinas administrativas con las compañías y el Estado. Así una de sus principales funciones, parte del interés creado de la nueva sociedad, era la regulación de cualquier tendencia irregular que apareciera en los miembros de la base.

Así también, desde su perspectiva (Mills: 1973:13), la transformación a dirigentes políticos de los funcionarios de compañías aceleró la decadencia de los políticos en el Congreso hacia los niveles medios del poder. Considera que la formación de las *élites* del poder se debió mucho a esta circunstancia y a la caída de la función legislativa como consecuencia de la ausencia de una administración políticamente neutral pero importante. Y descansó, también, en el creciente secreto oficial a partir del cual se tomaban decisiones de importancia sin someterlas al debate público ni siquiera en el Congreso. Por lo tanto, para Mills: “el nivel medio de la política no es un foro en el que se discutan las grandes decisiones de la vida nacional e internacional. Esta discusión no se realiza a través de partidos nacionalmente responsables que representen y aclaren las distintas políticas. No existen tales partidos en los Estados Unidos” (Mills 1973:10). Y asevera:

El político profesional es, por definición, un político de partido. Y sin embargo, los dos partidos políticos de los Estados Unidos no son organizaciones centralizadas nacionalmente. Han funcionado como estructuras semif feudales. [...] Las diferencias entre ambos partidos, en lo que se refiere a los problemas nacionales, son muy pequeñas y confusas. Cada uno parece contener cuarenta y ocho partidos, uno por cada Estado; y, por lo tanto, el político profesional, como miembro del Congreso y como candidato, no se ocupa de la línea nacional del partido, si es que existe. No se halla sujeto a una disciplina nacional de partido, que sea eficiente. Habla sólo para su propia localidad, y los problemas nacionales le interesan únicamente en la medida en que afectan a su distrito, a los intereses organizados allí y a sus probabilidades de reelección. Es por eso, sobre todo, que cuando habla de asuntos nacionales, el político utiliza un vocabulario tan vacío y retórico (Mills, 1960:239-240).

La premisa en la que se basaba Mills (1973:11), era que la política norteamericana no era un ámbito en donde a través de las organizaciones libres e independientes se pudieran relacionar los niveles inferiores y medios de la sociedad con los niveles más altos de decisión. Aseguraba que esas organizaciones no se habían constituido en un aspecto primordial o decisivo de la vida norteamericana. Esto sucedía porque a medida que más gente entraba al campo de la política, las asociaciones se convertían, por su tamaño, en asociaciones de masas de las que el poder del individuo dependía, y en la medida en que cada vez eran más grandes se hacían menos accesibles a la influencia de éstos. Y este hecho, que para Mills era central en toda asociación en una sociedad de masas, se convirtió en relevante tanto para los hombres que formaban parte de los partidos políticos como para aquellos que conformaban los sindicatos.

## 10. La naturaleza del poder

En la visión de Mills (1969:59; 1978:60), existe una noción del poder instalada en las ciencias sociales que sugiere cualquier decisión tomada por los hombres en relación con las organizaciones a las que pertenecen y con los acontecimientos que forman la historia de su época. Pero es evidente, para el autor, el hecho de que se verifican eventos, situaciones, procesos, que están más allá de cualquier decisión humana y que existen, por ejemplo, instituciones, normas, funciones sociales que también cambian, sin necesidad de que intervengan decisiones explícitas.

El tema central del poder se presenta, en su opinión, cuando se toman decisiones o se decide no tomarlas. Es decir, el problema esencial del poder es entonces quién toma o no esas decisiones.

Considera que la idea de consenso entre los hombres, como solución última al problema del poder, era impensable, porque los medios de poder que predominaban, por el contrario, implicaban no solo administrar sino también manipular el consenso: “El hecho de que no conozcamos los límites de tal medio, y de que deseamos tenga límites, no excluye que mucho poder se ejerza hoy felizmente sin la sanción

de la razón o de la conciencia del que obedece” (Mills, Lasswell y Parsons, 1978:60; Mills 1969:59).

Por ello sostiene que cuando se piensa en la naturaleza del poder, es imprescindible considerar tres tipos en relación con él: 1) la coerción (el poder que constriñe); 2) la autoridad (el poder justificado por la confianza de quien obedece de modo voluntario), y 3) la manipulación (el poder esgrimido sin que el otro lo advierta). Si bien para Mills, en el contexto que analiza, la coerción era la forma que más definía la característica del poder, reconoce que no era la solución última del poder. De ahí la necesidad de tener en cuenta los otros tipos (Mills, 1969:59). Pensaba que muchas veces los gobernantes ni siquiera tenían que dar justificaciones para ejercer su poder y por lo tanto, incluso, no era necesaria la persuasión, porque las acciones se presentaban como hechos consumados. Un ejemplo claro eran las decisiones que se tomaban en el ámbito internacional.

Argumenta que en su época (Mills: 1969:194) se daba una situación paradójica. Por un lado los hechos de la historia demostraban que los hombres podían hacer historia, pero por otro lado, las ideologías que precisamente le ofrecían al hombre la esperanza de hacer historia habían declinado. Esto dejaba al descubierto el colapso de las expectativas puestas en la Ilustración: la razón y la libertad como fuerzas supremas en la historia humana.

Luego, desde el punto de vista de Mills, solo hay un orden democrático en los asuntos humanos, cuando los públicos y sus líderes son responsables y cuando el saber tiene resonancia pública. Porque para moldear los asuntos humanos, la mente tiene que ser autónoma, independiente del poder aunque relacionada con él. Es decir, en una sociedad democrática, los hombres de saber se dirigen a un público libre y que además posee conocimiento. Pero, para el autor, no era esto lo que prevalecía en la cultura de los Estados Unidos.

La conjunción, observa Mills (1960:330), del aislamiento de la inteligencia en los asuntos públicos, la inmoralidad de las realizaciones y el predominio de la irresponsabilidad organizada hacían que los hombres

de los altos círculos alcanzaran el poder total en los dominios institucionales. Y era alrededor de estos centros de poder donde la aureola de prestigio envolvía al directorio político, a los ricos corporativos, a los almirantes y a los generales, en la medida en que posición y poder se unían.

Reconocía la dificultad que implicaba renunciar al modelo de poder que lo presenta como un equilibrio automático, con sus hipótesis de una pluralidad de grupos independientes relativamente iguales y opuestos en una sociedad en equilibrio (Mills, 1960:230); y aceptó que para quienes sustentaban su opinión acerca del poder se le presentaban, en el curso de una investigación, muchos problemas. Pero también pensaba que para entender una entidad como el poder no ayudaban en nada, por ejemplo, los desorientadores supuestos de Parsons, quien suponía que existía una determinada “jerarquía de valores” en la sociedad (Fernández Cardoso, 2011:190). Por eso, para Mills:

Acceptar el sistema parsoniano implica la obligación de eliminar del cuadro los hechos de poder y todas las estructuras institucionales, en particular la económica, la política y la militar. Y esto porque en esa curiosa “teoría general” no tienen lugar estas estructuras de dominio” (Mills, 1969:60).

Esto llevaría a no poder formular adecuadamente la cuestión empírica de cómo y de qué manera son legitimadas las instituciones porque, según Mills, tal como exponía Parsons y todos los grandes teóricos, con la idea de que existe un orden normativo incuestionable se podía suponer que virtualmente “todo poder está legitimado” (Fernández Cardoso, 2011: 191).

Así Mills afirma que en estas condiciones no se puede formular eficazmente la idea de conflicto, porque en los términos de la gran teoría:

Los antagonismos estructurales, las rebeliones en gran escala, las revoluciones no pueden ni imaginarse. Se supone que “el sistema”, una vez establecido, no sólo es estable, sino intrínsecamente armonioso; Parsons, dirá en su lenguaje, las perturbaciones tienen que ser “introducidas en el sistema”. De este modo, la idea del orden normativo lleva a suponer una especie de armonía de inte-

reses como característica natural de toda sociedad, lo que remite a la idea análoga del orden natural de los filósofos del siglo XVIII (Mills, 1969:60-61).

Por otra parte, tanto la eliminación del conflicto como el postulado de la armonía alejaban de la teoría “sistemática” y “general” las posibilidades de tratar el cambio social, la historia. Porque en la opinión del autor:

No sólo no encuentran lugar en las estructuras sociales normativas creadas por los grandes teóricos la “conducta colectiva” de masas aterrorizadas y de multitudes, muchedumbres y movimientos provocados –de que tan lleno está nuestro tiempo–, sino que toda idea sistemática de cómo sucede la historia, de su mecánica y procesos, son inasequibles para la gran teoría, y en consecuencia, cree Parsons, para la ciencia social (Mills, 1969: 61).

Mills (1960:250-251) pensaba que las generalizaciones propias de la teoría del equilibrio que se presentaban como modelo o patrón del sistema de poder eran históricamente vagas. Sugería que como modelo podía aplicarse a ciertas fases del desarrollo de los Estados Unidos –especialmente el período jacksoniano– y en circunstancias diferentes, al principio y al final del *New Deal*. Así también suponer que las unidades que se equilibran en el sistema de poder en una sociedad en equilibrio son independientes, no permite comprender que los intereses en conflicto muchas veces compiten menos entre sí, porque en el intento por promover los diversos fines, llega un punto en el que incluso los intereses divergentes pueden coincidir y hasta entrelazarse en el Estado. A partir de lo cual, Mills reafirma:

Los que tienen poder auténtico en el Estado norteamericano de hoy no son simplemente agentes del poder, solucionadores de conflictos, o componedores de intereses diversos y opuestos, sino que representan y en realidad encarnan intereses y métodos nacionales concretísimos.

[...] La idea de que el poder es una sociedad en equilibrio no induce a dar por hecho que el Estado es la máscara visible de poderes autónomos, pero de hecho, los poderes decisivos están ahora firmemente entretrejidos en el Estado. [...] La burocracia ejecutiva se convierte no sólo en el centro del poder sino también en el campo en cuyos límites se resuelven o rechazan todos los conflictos de poderes. La administración sustituye a la política electoral; la

maniobra de las camarillas sustituye la oposición de los partidos (Mills, 1960:251).

## 11. Conclusiones

Es innegable que C. Wright Mills fue un intelectual preocupado por el rol del investigador social y por el uso que con fines burocráticos y/o ideológicos se hacía de sus investigaciones. Para él, el profesional en ciencias sociales debe plantearse tres cuestiones clave frente a su trabajo: a) si es moralmente autónomo, b) si está sometido a la moral de otros, o c) si en el terreno moral se deja ir a la deriva. Y esto porque consideró que el intelectual debe ser la conciencia moral de su sociedad, tanto por referencia al valor de verdad como por su interés en diferenciar lo real de lo irreal, ya que aquí reside su acción como política. Si el intelectual, aunque no siempre de manera manifiesta, era el hombre que podía llegar a conocer a la humanidad, debía ser también aquel que a través de su “compromiso” ayudara a superar las crisis que acucian a la humanidad. De ahí que al interpretar el cambio histórico contemporáneo, veía cada vez más necesario interesarse por los roles y las tecnologías que implicaban la violencia y la producción económica (Mills y Gerth: 1963:371-372) porque estaba convencido de que las revoluciones en esos órdenes eran cruciales para el curso de la historia mundial.

Así también, y desde la perspectiva de Mills (1969:148), las estructuras de la sociedad moderna están organizadas bajo Estados políticos y en relación con el poder la unidad de la estructura social más amplia es el Estado-nación, que a medida que se expande y desarrolla se convierte en un hecho además importante en la vida de cada individuo. Es que dentro del Estado-nación, como explica Mills -y sin duda puede ser extendido a la actualidad- están organizados los medios políticos y militares, culturales y económicos, de decisión y de poder. Así todas las instituciones y los ambientes específicos donde la mayor parte de los hombres y mujeres viven sus vidas públicas y privadas están organizados dentro de los Estados-naciones. Sin embargo, Mills reconocía que no todos los Estados-naciones son iguales en cuanto a su poder para forjar la historia y que lo que sucede en ellos solo podía entenderse estudiando los Estados que se constituyen en grandes

potencias. Y así como ayer fueron las decisiones sobre el lanzamiento de las bombas A sobre el Japón, Corea, Dien Bien Fu, o las maniobras que complicaron a los Estados Unidos en la II Guerra Mundial, hoy podemos tener como ejemplo la Guerra del Golfo, Afganistan, Irak, Medio Oriente entre los tantos conflictos armados que azotan a la humanidad en los cuales participan las grandes potencias hegemónicas y que manifiestan un tipo de violencia a gran escala.

Es innegable, también, que Wright Mills supo dar cuenta de la importancia que los medios de comunicación de masas tienen muchas veces en la construcción de los acontecimientos locales e internacionales y cómo no solo proyectan lo que denomina la violencia de la frivolidad sino que además imponen imágenes que se constituyen en formas de autodefinición y en definición estereotipada de aquellos que consideramos “diferentes”. Así coadyuvan al establecimiento de normas, ya sea de credulidad o aceptación, en las que se basan los individuos frente a los sucesos, lo que los lleva a tener una experiencia fragmentada, e incluso muchas veces equivocada, de la realidad social y política.

Mills notaba que cada vez más se profundizaba un tipo de hombre “con racionalidad” pero “sin razón”, que era cada vez más infeliz, menos libre y más adaptado. Quizás anhelaba y lo ponía de manifiesto al considerar la capacidad de hacer historia de los hombres y mujeres, el cambio al que hoy asistimos en las sociedades contemporáneas fundado en la capacidad social de reflexión que se manifiesta y se desarrolla en la cada vez más activa resistencia de los movimientos sociales frente a las presiones del Estado y la economía. Es quizás en este punto donde es dable observar aquello que tanto inquietaba a Mills, que el individuo solo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época, y solo puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias; es decir, si toma conciencia de que el hecho de vivir contribuye a dar forma a la sociedad y al curso de la historia, aún cuando esté formado por la sociedad y por su impulso histórico.

Por otra parte es innegable su percepción acerca del poder. Nos advierte que si se piensa que hablar de “equilibrio de poder” denota igualdad, y se cree que esto es algo justo y honroso, se pierde de vista que lo que constituye el equilibrio honroso de un hombre a menudo se convierte en el desequilibrio injusto de otro. Y es que los grupos influyentes proclaman el justo equilibrio del poder y la armonía de intereses porque prefieren que su dominación sea constante y ya no pacífica, como pensaba Mills, de esta manera observamos cómo permanentemente se profundiza el control del poder militar y los medios de violencia así como el control de la información y/ o vigilancia como modo de poder administrativo.

Volver a Mills, entonces, es volver a plantearnos y recuperar la idea de una sociedad constituida por hombres de razón independiente y cuyo libre razonar tiene consecuencias estructurales para sus sociedades, su historia y, en consecuencia, para los destinos de su propia vida, porque la historia que afecta a todos los hombres y mujeres es, no cabe duda, la historia del mundo. Mills nos enfrenta al reconocimiento de las estructuras de dominación pero también a la capacidad y a la posibilidad de ser ciudadanos libres, sujetos históricos que más allá y/o por encima de los centros de poder poseen el impulso, puesto en acción, de producir procesos y eventos con la intención de cambiar las estructuras de la sociedad, para el logro de una vida más digna e igualitaria para todos. En una palabra, nos impulsa a reconocer como fundamentales los valores de la libertad y la razón y el papel de ésta en nuestra experiencia de hombres y mujeres libres que realizan la historia.

## Referencias bibliográficas

- BLUM, F. H. (1969). “C. Wright Mills: conciencia social y valores sociales”, en Horowitz, I. L. *La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. 1, 191-210.
- FERNÁNDEZ CARDOSO, S (2011). *Teoría, sociedad y poder en Talcott Parsons, C. Wright Mills, Jürgen Habermas y Anthony Giddens. Una contribución a la Teoría Social contemporánea*. Tesis de doctorado inédita. Buenos Aires, UCA.
- HACKER, A. (1969). “¿Poder para qué?”, en Horowitz, I. L. *La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. 1, 160-173.

- HOROWITZ, I. L. (1969). “Una introducción a la nueva sociología”, en Horowitz, I. L. *La nueva sociología*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. 1, 13-64.
- (1973) “Introducción” en *Poder, política, pueblo*, México: F.C.E., XXIII-XXXVIII.
- MILLS, C. W. (1960). *La élite del poder*, México: F.C.E.
- (1969). *La imaginación sociológica*, México: F.C.E.
- (1973). *Poder, política, pueblo*, México: F.C.E.
- (1976) *Los marxistas*, México: Ediciones ERA.
- MILLS, C. W., LASSWELL, H.D., PARSONS, T. y otros (1978). *Sociología del poder*. Introducción y selección de textos: Antonio Passano, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- MILLS, C. W. y GERTH, H. (1963). *Carácter y estructura social*, Buenos Aires: Paidós.
- MIZRUCHI, E. H. (1969). “Alienación y anomia: perspectivas teóricas y empíricas”, en Horowitz, I. L. *La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. 2, 23-38.
- NOTESTEIN, R. B. (1969). “El compromiso moral de C. Wright Mills”, en Horowitz, I. L. *La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. I, 67-72.